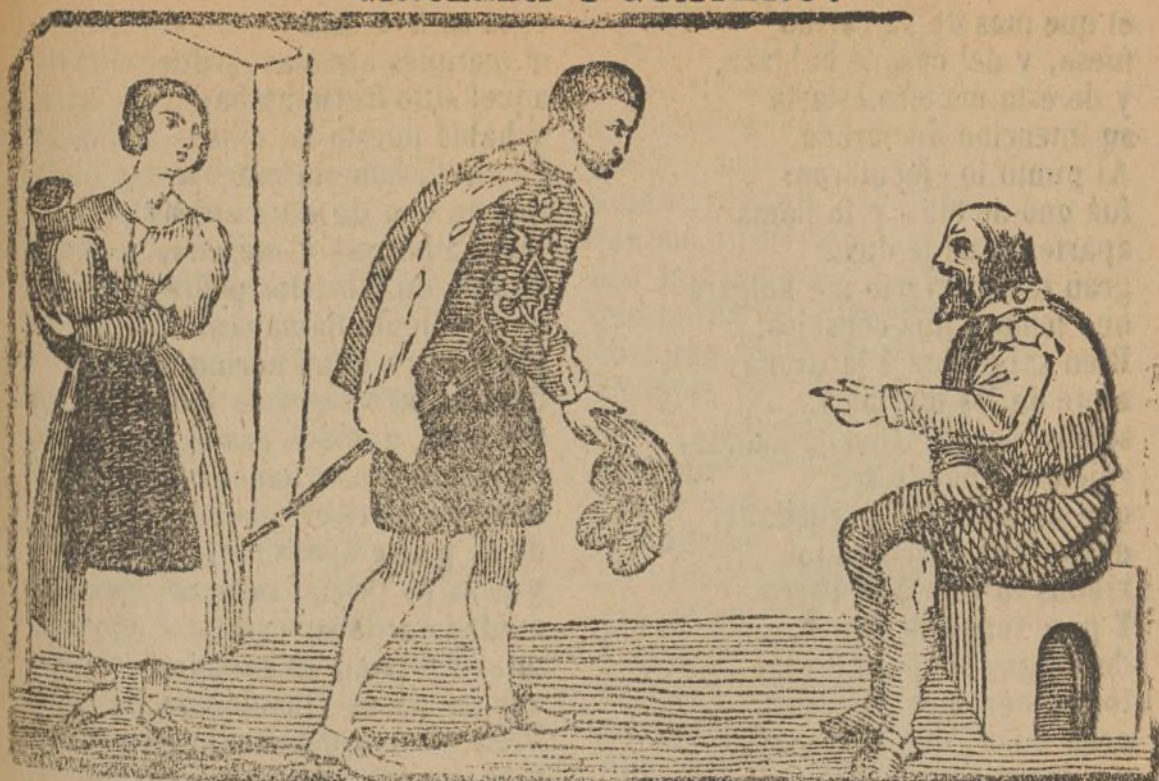


GRISELDA Y GUATERO.



NUEVA RELACION

de la peregrina historia de esta pastorelta y de cómo el marqués Gualtero trató su casamiento con ella y salió el más singular ejemplo de la obediencia que deben tener las mujeres casadas á sus maridos.

PRIMERA PARTE.

Atiéndame el auditorio
mientras con dulces palabras
y muy suaves acentos
aquesta historia se canta.
Présteme todos silencio
con benevolencia grata.
para poder comprender
lo que mi lengua relata.
Atiéndame, pero es fuerza,
que en cualquier obra que se haga,
se ponga un buen fundamento
para que salga acertada.
Y así el auxilio imploremos
de la Virgen Soberana,
quó con tan luciente Estrella
mi musa, aunque muy turbada,
cobrando aliento, dará
principio á esta historia rara.

noble

un gran marqués en Italia,
dueño de muchos lugares,
que Gualtero se llamaba;
en su trato muy afable
y de condicion muy llana.
Era el tal marqués soltero,
y aficionado á la caza
de tal modo, que por ella
toda diversion dejaba.
En esto se entretenia,
y por vivir á sus anchas
no deliberó el casarse.
Pero como de tan clara
sangre su casa venia,
porque sucesion dejara,
deseaban sus vasallos
ver si su señor gustaba
en elegir nuevo estado
Dispusieron que llegara

el que mas de su cariño
fuese, y del caso le hablara,
y de esta manera estaria
su intencion declarada.
Al punto lo ejecutaron:
fué uno de ellos y lo llama
aparte, y así le dice:
gran señor, cierto me holgara
que tomara mis consejos.
Bien sabes que á la tirana,
azote de los mortales,
somos, porque Dios lo manda,
sujetos, y puede ser
que al golpe de su guadaña,
el dia mas descuidado
rindas tu vida á la parca.
Y pues tenemos, señor,
de sangre tan sublimada,
todos fuéramos gustosos,
gran señor, que te casaraz,
por lograr un sucesor
que cual vos nos gobernara.
Prudente el marqués responde
estas siguientes palabras:
que sea yo desposado,
contra mi gusto se baga;
mas ya que tal intentais,
en lo que digo repara:
que la que eligiere esposa,
bien sea noble ó villana,
ahora ni en ningun tiempo
la habeis de negar la cara,
pues debe como señora
de todos ser respetada:
en ti les respondo á todos,
ve, diles las circunstancias.
El mensajero responde
con razones muy urbanas:
ahora, yo soy señor,
el que empeña su palabra
por todos los de la corte.
La condicion otorgada,
el marqués le prometió
de darles gusto sin falta.
Cerca del palacio habia
unas aldeas que estaban
como cosa de dos tiros
distantes de las murallas:
y cuando con los monteros

solia salir á caza
el marqués algunas tardes
aquel sitio frecuentaba,
y habia puesto los ojos
en cierta honesta muchacha,
que en una de estas aldeas
tenia albergue y morada,
hija de un labrador pobre
que Janículo llamaban,
tan bizarra y tan hermosa,
que era otra segunda Palas.
Griselda, que este era el nombre
de esta hermosa muchacha,
humilde unas ovejuelas
de su padre apacentaba,
y para no perder tiempo
cuidadosa de su casa,
mientras pacia el ganado,
con su rueca hilando andaba.
Vióla el marqués muchas veces,
y aficionado á su gala
dispuso casar con ella;
dió á sus vasallos con liana
voluntad, citado el dia,
para que se divulgara
el festivo desposorio
de su señor, y fué tanta
la alegría que tuvieron,
que cada qual deseaba
aquel dia tan dichoso:
pero todos ignoraban
quien pudiese ser la novia.
Y mientras que se pasaba
aquel limitado tiempo,
á medida de otra dama
de talle como Griselda,
hizo Gualtero las galas
y adornos de una princesa
con joyas muy sublimadas.
Llegó el dia, convocóse
toda su noble comarca,
y en magnificas carrozas
siguen á Gualtero y pasan
á aquel sitio que antes dije.
A este tiempo que llegaban,
Griselda tambien venia
con un cántaro de agua,
y dejándolo de prisa,
salió con otras muchachas

á ver del marqués la novia,
y Gualtero con palabras
halagüeñas, por su nombre
llamándola, así la habla:
Griselda, ¿dó está tu padre?
y Griselda con voz baja
le responde: señor mio,
mi padre está dentro en casa.
Apeóse el caballero,
y dijo á los que llevaba,
que un poco se detuviesen,
que saldría sin tardanza.
Entró solo allí dentro,
donde el padre se encontraba
de Griselda, y le saluda,
y de esta suerte le habla:
Janículo, muy bien sabes
que eres mi vasallo, y tanta
voluntad tengo á tu hija,
que dispongo de tomarla
por esposa, si es tu gusto;
mas juzgo que repugnancia
no habrá alguna; puesto que eres
dichoso en esta embajada,
tu respuesta espero ahora.
Y con vergüenza sobrada
Janículo le responde:
señor, no merezco nada,
mas si gustais de este empleo,
vuestra voluntad se haga.
Llámalas al punto, le dice,
que quiero hablar dos palabras
con ella, á ver si es gustosa;
y Janículo la llama.
Vino Griselda corriendo
á ver lo que le mandaba
su padre, y el caballero
la dice: Griselda amada,
¿tú gustas de ser mi esposa?
Y ella responde turbada:
señor mio, ¿yo tu esposa?
no gastes conmigo chanzas,
que soy pobre, y diferentes
son tu palacio y mi casa.
Conoció en esto Gualtero
que ella se consideraba

indigna de un tal empleo,
y la dice estas palabras:
dime, ¿tú serás constante
en todo cuanto yo haga?
Y ella respondió: señor,
si de improviso mandaras
que me quitasen la vida
con la pena mas amarga
que bárbaros intentasen,
no romperé mi constancia.
Bastante has dicho con eso.
dijo; y al instante manda,
á dos dueñas que traia,
que la ropa que llevaba
la quitasen, y vistiesen
de aquellas costosas galas
que traian prevenidas.
Y muy en breve la saca,
ataviada y compuesta
á la puerta, y en voz alta
dijo: esta es mi consorte,
esta es la que destinada
tengo ya hace mucho tiempo
para ser mi esposa amada.
Esto que todos oyeron,
los sombreros y las capas
por los aires se estendian,
con vítores y alabanzas,
pues su señor les cumplia
el gusto que deseaban.
A Griselda la pusieron
en un coche y luego marchan
á la ciudad diligentes,
en donde alegre se casa
el marqués. Pero ¡qué gozo!
¡qué júbilo! ¡qué al banzas!
¡qué placeres! ¡qué alegrías!
¡qué toros, juegos de cañas!
¡qué comedias! ¡qué deleites
por la corte celebraban!
Quede pues en la alegría
aquesta primera plana,
que en la segunda prometo,
de penas, aunque calladas,
darle á mi auditorio atento
una noticia muy larga.

—

SEGUNDA PARTE.

Dejo aparte la alegría
de los cuatro años primeros
de su feliz matrimonio,
y vamos ahora de nuevo
a referir los pesares.
A los dos años tuvieron
una hija, que en belleza
quita al sol sus rayos bellos.
Crió Griselda la niña
con cariño de sus pechos
por espacio de dos años,
y al cabo quiso Gualtero
probar la fina constancia
de su esposa, y muy severo,
entró al cuarto donde estaba,
de esta manera diciendo:
te acordarás, Griselda,
de tu ya pasado tiempo,
cuando viniste á mi casa,
y de aquel ofrecimiento
que delante de tu padre
me hiciste, que en ningún tiempo
me habías de dar disgusto:
y así has de tener por cierto
que de nuestro matrimonio
hubo muchos descontentos,
y despues de haber parido,
mas disgustados los veo,
porque dicen que no quieren
sujetarse á los respetos
de tu hija, que aunque sea
hija de un señor tan bueno,
nieta es tambien de un villano
como es Janículo: creo
lo tendrás bien en memoria;
y así tengo ya dispuesto,
por la concordia y la paz
de mis vasallos, que luego
salga tu hija de casa,
y esto ha de ser al momento.
A que respondió Griselda,
sin muestra de sentimiento:
señor, de mí y de mi hija
sois vos el perpétuo dueño:
haz, dispon, manda y ordena
que yo siempre á tu precepto

estoy firme y muy dispuesta.
Al punto mandó Gualtero
á un criado que llegase,
y la infanta con despejo
quite á su madre, y la saque
de su presencia al momento.
Fué el criado diligente,
entróse en el aposento,
y viéndole la señora,
pensó su intencion, y luego
tomó en brazos á la niña,
y la persignó diciendo:
Dios te libre de desgracia;
en el rostro la dió un beso,
y al criado se la entrega,
quien salió del aposento.
Fué el criado donde estaba
su amo, y dispuso luego,
la llevasen á Bolonia,
donde tenia Gualtero
una hermana, que casada
era con un caballero
llamado el conde Panicio:
y encargó que con secreto
á su hija la criasen
con aquellos documentos
que entre los nobles se usán
en la educacion, mas de esto
nada sabia Griselda,
pues iba con tal silencio,
que aun de si era muerta ó viva
no le dió cuenta Gualtero.
Y cuando fué Dios servido,
un bello infante tuvieron,
hermoso á las maravillas,
y con los mismos cortejos,
que la infanta, fué aplaudido,
pero cuando llegó el tiempo
de poder ya destetarlo,
con otra industria, Gualtero,
la constancia de su esposa
quiso probarla de nuevo,
Entró donde estaba sola,
y como quien de veneno
está encendido, la dice:
quitar ese niño quiero

de mi presencia, pues ambos
sois el primer fundamento
de mi pundonor perdido,
y muchos estar sujetos
á mi persona rehusan,
y á tu hijo por lo menos
en ningún tiempo darán
de hijo de marqués respeto;
salga, pues, luego de casa.
Y con semblante risueño
dijo Griselda: señor,
ya os dije que mi deseo
y mi mayor alegría
es daros gusto completo,
en todo, y así mandad
lo que tuviérais dispuesto,
que todo cuanto á vos plazca
me place á mí, pues no temo
perder á otro sino á vos.
Estas palabras oyendo,
se salió y llamó al criado
diciéndole, que al momento
vaya y le quite el infante
de los brazos, ¡qué tormento!
Fue el criado y la señora
persignando al niño bello,
lo besó, no sin gran pena,
aunque festivo y sereno
manifestaba el semblante.
Dio al criado el niño tierno,
del aposento se sale,
y en las manos de Gualtero
se lo entrega, el cual lo envía
á Bolonia con el mismo
encargo, que le criase
su cuñado con secreto.
Pasáronse algunos años,
que sin sus dos hijos bellas
la triste Griselda estaba,
pero ningún sentimiento
en su rostro conocían,
y aunque alguna vez Gualtero
se los nombraba, por ver
si ella haría algún extremo
ó demostraba la pena,
jamás consiguió su intento.
Luego despues un rumor
se suscitó por el reino,
pues decían del marqués

que estaba muy descontento
de su desigual estado
de su matrimonio, y por eso
ocultaba á sus dos hijos,
que nadie sabia de ellos.
Y de allí á muy pocos dias
otras noticias se oyeron
por la corte; que el marqués
al Papa envió un pliego,
para ver si repudiando
la esposa que le dió el cielo
podría casar con otra
por la quietud y sosiego
de su familia y vasallos.
No tardó en tomar mas cuerpo
la noticia, pues decían
que el despacho había vuelto
dispensado, y permitía
el Pontífice supremo,
casase el marqués con otra.
Tales noticias corriendo,
empezóse á divulgar,
y se presijaba el tiempo
cuando vendría la novia
del marqués, y con acuerdo,
le remitió con sigilo
unos renglones Gualtero
á Panicio, que mandase
sus dos hijos al momento,
señalando el día fijo,
por lograr mejor su intento.
Por fin un día el marqués,
estando todo el congreso
convocado, hizo llamasen
á Griselda, y con severo
semblante, de aquesta forma
la dijo: tened por cierto,
esposa mía, que el mundo
da muchas vueltas; por eso
á muy pocos es constante
la fortuna, porque vemos
cada día que un señor
de noble sangre y dinero,
vestido de mucha pompa,
de la fortuna á un tropiezo,
se sujeta y avasalla
á ser un humilde siervo.
Y pues licencia del Papa
para repudiarte tengo,

y mi nueva esposa vieno
 tú has de salir sin remedio
 de palacio y entregarle
 á la que venga tu empleo;
 y mas no te has de llevar
 de mi palacio, que el mesmo
 dote que tu me trajiste.
 Estas palabras oyendo,
 dijo Griselda: señor,
 quando desnuda algun tiempo
 de mis vestidos humildes
 vestí los preciosos vuestros,
 me despoje de ser dueña
 de mí misma, y con contento
 me vestí de la humildad
 para con vos, á quien debo
 tantas finezas, y siempre
 con humilde rendimiento
 por la mas dichosa viuda

me tendré de aqueste reino
 por haber logrado ser
 esposa de tan buen dueño.
 Solo te pido y suplico,
 para que vaya cubierto
 este vientre que engendró
 á mis dos hijos y vuestros,
 me dejeis esta camisa
 para salir por el pueblo,
 hasta llegar á la casa
 de mi padre. Y no pudiendo
 Gualtero de enternecido
 conteuer su sentimiento,
 con lágrimas en los ojos
 le volvió el rostro diciendo:
 llévatela, y apartóse
 de su vista. Aquí, pues, dejo
 la historia, y en otra parte
 daré fin á este suceso.

TERCERA PARTE.

Ya dije con qué despego,
 con qué especie de ignominia,
 quedó la triste Griselda
 de su esposo despedida,
 desnuda de los vestidos
 con que sus carnes cubria;
 de pié y de piernas descalza
 de palacio se salia,
 mas no sola, que llevaba
 tantos en su compañía,
 que de toda aquella corte
 el concurso mayor iba.
 Amargamente lloraban
 todos cuantos la veian,
 ella á todos consolaba,
 y de esta suerte decia:
 no lloreis, pues yo no pierdo
 que en pobreza y desnudez
 pasé la flor de mi vida,
 y si tuve esa ventura,
 la Providencia divina
 me la dió para que ahora
 me sirva de mas fatiga.
 No siento perder las grandes
 riquezas que poseia;
 solo siento el ausentarme

del esposo de mi vida.
 Este dolor me atibula,
 esta pena me fatiga;
 esta congoja me ofende,
 y esta afliccion me contrista.
 Con las palabras que hablaba
 las piedras enternecia
 y al murmullo que formaban
 los que en su compañía iban
 de sollozos y suspiros,
 ayes que al viento esparcian,
 por las calles que pasaban,
 á las ventanas salian
 acompañando en el llanto.
 Llegó por fin la noticia
 al padre, que salió en breve
 á recibir á su hija.
 Viendo que en tan deshonesto
 traje entre el tumulto iba,
 llegó á ella, y con penosas
 ansias la dijo: hija mia,
 no te aflijas, pues yo tengo
 en un rincon escondida
 la ropa que te quitaste,
 quando de gala vestida
 te saliste de mi casa.

con contento y alegría,
para ser feliz esposa
del marqués, que tu desdicha
sola esa fué. Y ella dijo:
padre mio de mi vida,
no fui yo la desdichada,
que quien tuvo la desdicha
fué mi esposo, que casóse,
con una que no valia
tanto como él; esa fué
mi fortuna y su desdicha.
Y para aliviar su pena,
no obstante de que yo viva,
permite el Papa otra esposa
á mi esposo, porque sirva
de paz y quietud á todos.
Yo vengo con alegría
á vuestra casa, señor,
para volver á la vida
como fueron sus principios,
entre pobreza metida.
Llevóse el padre á casa,
y de humilde pastorcita
tomó otra vez el vestido.
Pasados algunos dias,
envió el marqués Gualtero
á la aldea referida
un paje, y dijo á Griselda
que esté en palacio á otro dia
de mañana, porque importa.
Viendo nueva tan precisa,
dió el sí, y el mensajero
para palacio volvia.
Fué Griselda y á su esposo,
cuando presente le mira,
con humildad cariñosa
de esta suerte le decia:
mandadme, esposo y señor,
en que humillada te sirva,
que mi gusto es complacerte.
Dijo Gualtero: pues mira,
mañana viene mi esposa
con toda su comitiva;
tú has de disponer las mesas
para la boda lucida.
Hízolo con humildad;
y quien del caso no se admiró
A otro dia de mañana
llegó la gran comitiva

con la novia del marqués.
Salió pues á recibirla
aquel Job en la paciencia,
y dióla la bien venida,
como los demas, alegre.
¡Oh pasmosa maravilla!
Sentáronse á comer,
y ella á la mesa servia,
donde fueron asistidos
con la ostentacion debida.
Y habiendo dado á Dios gracias,
dijo el marqués que queria
hacer allí unas preguntas,
que no dejasen sus sillas.
Llamó entonces á Griselda,
y amoroso la decia:
Griselda, ¿qué te parece
de mi esposa? ¿no es muy linda?
¿no es agraciada, no es bella
su perfeccion y no es cifra
de la hermosura su cuerpo?
Y ella entonces de rodillas
dijo delante de todos:
señor, juzgo que en mi vida,
no he visto ni espero ver
ni el claro sol que registr
con sus reflejos lucientes
desde su esfera lucida
tode el contorno del mundo,
juzgo que no tendrá vista
otra copia semejante
á mi señora, y permita
su Majestad que os gocéis
en amable compañía
muchos años, y despues
al partir de aquesta vida,
goceis en la eterna gloria
las celestiales delicias.
Viendo la humildad tan grande,
tan singular y crecida
de su esposa, levantóse,
y abrazándola decia,
vertiendo sus ojos perlas
que por la mesa corrian:
de tu gran lealtad, Griselda,
hartas pruebas tengo vistas,
y no deseo ver mas;
tú eres sola la querida,
tú eres sola la estimada,

que la que presente miras
y la tienes por esposa,
es nuestra querida hija,
y nuestro hijo el mancebo
que por cuñado tenias.
Con que cuanto imaginabas
tener perdido, este día
lo recuperaste junto.
Vuelva en placer la fatiga
vuelva en gozo la tristeza;
y ahora, esposa querida,
perdon te pido, de haberte
hecho tantas ignominias.
Y sepan cuantos pensaban
que á mi esposa pretendia
arrojarla de mi casa,
y aborrecido la habia,
que es engañosa su idea,
pues si fué una accion impla
mostrar con ella despego,
fué alarde con que queria
acrisolar su constancia,
y pues la tengo ya vista,
perdon delante de todos
pido á mi esposa ofendida.
A mis hijos oculté
privándome de su vista.
y las amargas noticias
para mi querida esposa,
que por la corte corrian,
yo las fingí y nadie tiene
de esto culpa, toda es mia.
¡Ay cielo! no hallo palabras
con qué explicar la alegría

que todos los de la corte
tuvieron en este día.
A les padres de Griselda,
llevaron con escesiva
pompa y grandeza á palacio,
donde hicieron esquisitas
fiestas, saraos, comedias,
y despues de concluidas,
todos quedaron en paz,
y en conformidad unida.
Ea, señoras mujeres,
pues os presento á la vista
este espejo de Griselda,
tomad de él ejemplar vida.
No es decir que los hombres
á fuerza de la codicia
de ser dueños, se adelanten
á querer ser homicidas;
que fué la mujer primera
formada de una costilla,
para darnos á entender
la inmensa Sabiduría,
que la mujer no es cabeza,
sino amable compañía,
pues de cerca el corazon
fué la materia escogida
para formarla, y así
debe ser muy escesiva
la paz y union entre ambos,
siempre tan de asiento fija
como la ley de Dios manda
y la Iglesia nos avisa.
Y aquí el perdon de sus faltas
pide mi pluma rendida.

FIN.

MADRID.— Despacho : Sucesores de Hernando, Arenal, 11.